

**FRANCISCO ROMERO,  
A CINCUENTA AÑOS DE SU MUERTE**

*Comunicación efectuada  
por el Académico Titular Dr. Roberto J. Walton  
en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires,  
en la sesión plenaria del 7 de octubre de 2012*



## **FRANCISCO ROMERO, A CINCUENTA AÑOS DE SU MUERTE**

Dr. ROBERTO J. WALTON

En documentos del mismo año de la fundación de nuestra Academia, que tuvo lugar en octubre de 1935, figura como miembro propuesto el Prof. Mayor Francisco Romero. Fue designado Académico de Número el 16 de junio de 1937. Colabora en 1939 en el primer tomo de los Anales de la Academia, y también en el primer tomo que corresponde a la Academia Nacionalizada, editado en 1965<sup>1</sup>. Ejerció la vicepresidencia en la primera Mesa Directiva luego de la nacionalización de la Academia desde el 10 de diciembre de 1960, y falleció en el ejercicio de ese cargo el 7 de octubre de 1962. Hemos recordado el pasado 2 de agosto su obra filosófica. Hoy me referiré a otros aspectos de su multifacética vida: la profesión militar, las letras, la docencia y la política. A ello añadiré un recuerdo personal.

### *La profesión militar*

Romero había nacido en Sevilla el 18 de junio de 1891, y fue traído por su padre a la Argentina a los 14 años. Se convierte en ciudadano argentino el 10 de enero de 1910, y ese mismo día solicita el ingreso al Colegio Militar de la Nación. En virtud de un curso abreviado, egresa en 1912 como oficial de ingenieros con el grado de subteniente. Realizó luego estudios superiores de ingeniería militar durante tres años y fue destinado al Batallón de Ingenieros 6 con asiento en Campo de Mayo. En diciembre de 1915 es ascendido a teniente, y en 1917 comienza el Curso Superior Especial, de tres años

<sup>1</sup> Sus colaboraciones son “Contribuciones al estudio de las relaciones de comparación”, Tomo I, 1939, pp. 22-34, y “Organización del saber y la sociedad”, Tomo I (Años 1960-61-62-63), 1965, pp. 7-18.

en el Colegio Militar. En la calificación final, el director del Colegio, el entonces coronel Agustín Pedro Justo, escribe en el legajo de Romero: “Oficial de muy buenas condiciones generales. Ha demostrado mucho carácter para vencer las dificultades que su físico y su falta de base le opusieron al iniciar sus estudios. [...] Cultiva con éxito las letras y dedica gran parte de su tiempo a los estudios literarios. Sin embargo, su contracción le ha permitido terminar satisfactoriamente sus estudios”. Luego Romero es destinado al Batallón V de Zapadores Pontoneros en Tucumán. Sobre lo sucedido una tarde en la ciudad de Tucumán contamos con un relato de Eugenio Pucciarelli, quien narra la experiencia de otra persona que habría de convertirse también en discípulo de Romero. La escena transcurre en un café frente a la plaza Independencia: “Una tarde de enero, a la hora de la siesta cuando la ciudad descansa –escribe Pucciarelli–, un joven militar sentado frente a una mesita, [...] no apartaba su mirada de un texto impreso en letra gótica. El calor era insoportable y nada podía atenuar el exceso de una temperatura escasamente propicia para estimular lecturas de filosofía. Pero el lector seguía impávido su trabajo, ajeno al tiempo y concentrado en la tarea de descifrar el texto. [...] Alguien entró de pronto al café. [...] El recién llegado pudo apreciar que el libro que desafiaba la curiosidad del militar no era otro que uno de los tomos del *Grundriss der Geschichte der Philosophie* de Ueberweg y Heinze, la más autorizada historia de la filosofía que exponía los sistemas del pasado con ejemplar claridad y transparencia [...]”<sup>2</sup>.

Tras el paso por Tucumán, Romero es destinado a la División del Servicio Aeronáutico del Ejército, con asiento en El Palomar. Al saber que se disponía a organizar algo nuevo en el ámbito militar, el coronel Justo le sugiere al coronel Mosconi la colaboración del teniente Romero como ayudante o secretario: “[...] se me destinó para prestar servicios a las órdenes del entonces coronel Enrique Mosconi, del que fui oficial ayudante en la Aviación Militar argentina. El conocimiento de Mosconi ha sido una de las experiencias más profundas y luminosas de mi vida, uno de sus principales acontecimientos. [...] En el trato cercano con él que me permitieron, primero, mi cargo de confianza a su lado, y, después, una amistad que duró hasta su muerte, tuve muchas ocasiones para apreciar los altísimos valores que lo

<sup>2</sup> Eugenio Pucciarelli, “Francisco Romero en Tucumán”, *La Gaceta*, 4 de agosto de 1991. El “recién llegado” es el Dr. José Lozano Muñoz, luego intendente de la ciudad de Tucumán y profesor de Derecho en la Universidad Nacional de Tucumán.

singularizaban. [...] Varón recio, de una pieza, de una energía poco común, había en él una interna tensión que se manifestaba naturalmente en su actividad, pero que además creaba a su alrededor una especie de campo magnético, un círculo mágico que se imponía misteriosamente a quienes a cuantos penetraban en él”<sup>3</sup>.

En 1927, con el grado de capitán, Romero fue nombrado Director de la Escuela de Suboficiales Especialistas en Comunicaciones, es decir, la Escuela de Telegrafistas. Con posterioridad, tiene como nuevo destino el Instituto Geográfico Militar. En septiembre de 1930, pide el pase a disponibilidad y se retira con el grado de mayor. Sus jefes trataron de convencerlo de que mantuviera su condición militar ofreciéndole facilidades que le permitieran simultáneamente ejercer la docencia universitaria en la que se iniciaba. Pero Romero quiso entregarse íntegramente a la filosofía y la docencia.

En 1999 se impuso el nombre de Mayor Francisco Romero al Instituto de Enseñanza Superior del Ejército (IESE). Y en esta Academia, el 31 de mayo del 2001, durante la presidencia del Dr. Carlos Valiente Noailles, y con la presencia del Jefe del Estado Mayor del Ejército Teniente General Ricardo G. Brinzoni, se hizo entrega a su esposa de la Distinción “Servicios Distinguidos al Mérito Militar ‘Post Mortem’ al Mayor (R) Francisco Romero”.

### *Las letras*

Poco tiempo después de su ingreso como cadete al Colegio Militar, en la noche del 8 de julio de 1910, Romero lee a sus compañeros cuatro sonetos dedicados a las cuatro armas: Infantería, Artillería, Caballería e Ingenieros. En 1915 se anota en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en el Doctorado en Letras. Al año siguiente aparecieron sus primeros trabajos. Son las traducciones, publicadas en la revista *Renovación*, de Eça de Queiroz. En 1917 publica en las revistas *Caras y Caretas* y *El Hogar* poesías y escritos en prosa con el seudónimo Ramón Coresforci. Con este nombre escribe también otras publicaciones, entre ellas el libro titulado *Versos*, publicado en 1917. Con el seudónimo Pedro de Urdemalas escribe un artículo sobre Menéndez y Pelayo y una nota sobre la

<sup>3</sup> Cf. José Luis Speroni, *El pensamiento de Francisco Romero. Retrato de un filósofo argentino del Siglo XX*, con la colaboración de Jorge Victoriano Alonso, Buenos Aires, Edivérn, 2001, p. 95.

filosofía de Paulsen. En 1918 se pone en contacto con Roberto F. Giusti y Alfredo Bianchi, directores de la revista *Nosotros*. Sobre su participación en esta publicación, el profesor Giusti, Académico Emérito de esta Casa, escribe: “Era aquella colaboración de Francisco Romero una colección de finos y flexibles versos en los que la meditación, el ensueño y la observación de las cosas se equilibraban con arte y sinceridad. Poesía y prosa siguieron alternando en su colaboración asidua, pero un día el poeta hizo deliberadamente silencio, porque el informador y ensayista se prohibió esos ocios líricos, [...]”<sup>4</sup>.

En 1927 Romero deja de publicar poesías hasta que en 1934 da a luz el poema *Heráclito de Éfeso*. Son diez estrofas de versos alejandrinos que pueden dividirse en tres partes. Las cuatro primeras se ocupan del tema del cambio:

“Todo cambia sin término –sólo el cambio perdura–.  
Este fluir del cosmos, bajo su rostro estático  
–fluir del agua bajo helada costra dura–,  
¡cómo lo viste, efesio profundo y enigmático!”

Siguen luego cuatro estrofas que constituyen una exaltación del pensador presocrático desde un rincón del sur americano e introducen el tema del fuego. Y las dos estrofas finales se centran en el fuego eternamente vivo que es el mundo para el pensador presocrático a fin de recordar el hogar de la casa de su infancia en Sevilla:

En horas de la infancia de que no me he olvidado,  
pasadas junto a la familiar chimenea,  
mientras huía el tiempo miraba hipnotizado  
arder, varia e idéntica, la llama heraclitea.

Acaso de aquel fuego proviene el que ahora inflama  
mi espíritu, en un vasto incendio rojo y puro.  
Y hoy eres para mí claro como una llama.  
claro como una llama, Heráclito el Oscuro.

En un artículo dedicado al análisis de este poema, Julieta Gómez Paz señala la coincidencia con un poema de Jorge Luis Borges que tiene el mismo título “Heráclito” y que también inicia sus versos finales con un “acaso”:

Acaso el manantial está en mí.  
Acaso de mi sombra  
Surgen, fatales e ilusorios, los días.

<sup>4</sup> Cf. Hugo Rodríguez-Alcalá, *Francisco Romero (1891). Vida y obra – Bibliografía – Antología*, New York, Columbia University, 1954, p. 19.

El análisis pone de relieve una diferencia. Por un lado, el “acaso” de Borges introduce una “sospecha desintegradora” porque somos ese río que nos arrebató y estamos hechos de una “materia deleznable” en la trama “del ser, del es, y del fue”. En cambio, Romero abre la “posibilidad ascensional” de una comunión más allá del tiempo con el filósofo de Éfeso. Después del “acaso” inicial aparece la alegría ante una claridad alcanzada<sup>5</sup>. El artículo motivó una carta del Dr. Osvaldo Loudet en la que el entonces presidente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas dice: “Su artículo sobre Romero es admirable. Ignoraba que además de filósofo fuera poeta. Ud. nos ha mostrado un alma escondida. Era un hipertenso afectivo además de arterial. Alumno de Korn, era maestro de sí mismo. Lo encontré en un viaje a La Plata, vestido de capitán y me dijo: ‘Todavía necesito del sable para cortar muchos prejuicios y malas pasiones, pero Ud. sabe muy bien que soy filósofo’”<sup>6</sup>.

Cierto desdén por su propia producción poética, tiene su reverso en el empeño por cultivar una prosa filosófica que sobresale por el difícil don de destacar con energía y penetración los aspectos esenciales de su reflexión y por el arduo arte de combinar claridad, profundidad e incitación al pensamiento. No es casual que uno de sus escritos se denomine “Teoría y práctica de la verdad, la claridad y la precisión”<sup>7</sup>.

Romero recibió el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores y el Primer Premio Nacional a la producción científica y literaria. Integró el Consejo de Redacción de la revista *Sur*. Y fue miembro de la Academia Argentina de Letras, en la que ocupó el Sillón José María Paz.

### *La docencia*

En 1924, Romero publica en la revista *Nosotros* un trabajo sobre “Las dos tendencias de la filosofía alemana contemporánea”, y lo envía a Alejandro Korn, quien le responde: “[...] he seguido con mucho interés, desde tiempo atrás, los escritos de Ud. Me habían llamado la

<sup>5</sup> Julieta Gómez Paz, “En torno a un poema de Francisco Romero”, *La Prensa*, 19 de abril de 1970. La poesía está transcrita en este artículo y en H. Rodríguez-Alcalá, *Francisco Romero*, p. 58.

<sup>6</sup> Cf. J. L. Speroni, *El pensamiento de Francisco Romero*, p. 274.

<sup>7</sup> Francisco Romero, *Filosofía de la persona*, Buenos Aires, Losada, 1961, pp. 69-84.

atención por su información seria y lo ponderado del criterio filosófico, condiciones poco comunes entre nosotros. [...] Si alguna vez tropieza Ud. conmigo en la Facultad de Filosofía y Letras tendré gran placer en estrecharle la mano”<sup>8</sup>. Tres años después, Korn cita a Romero en su casa de La Plata para una conversación que el propio Romero describe en estos términos: “Fui a La Plata, [...] y tuvimos una conversación un tanto larga: duró casi doce horas. Lo esencial para él era persuadirme que dejara la carrera militar y me dedicara a la docencia filosófica. Él se jubilaba en 1930 y quería que yo lo reemplazara en su cátedra más importante, la de Gnoseología y Metafísica de la Universidad de Buenos Aires. Me dijo que no se jubilaría tranquilo si yo no accedía a sustituirlo”<sup>9</sup>. Al final de la entrevista, luego de algún rechazo inicial, Romero accede a la propuesta.

El 6 de agosto de 1928 Romero es nombrado por concurso profesor suplente en la cátedra de Gnoseología y Metafísica en la Facultad de Filosofía y Letras. Cuando Korn se retira en 1930, Romero es designado profesor interino. Y al año siguiente es nombrado titular. También se desempeña como profesor en la Universidad de La Plata, ejerce la cátedra en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, y colabora durante treinta años en los cursos del Colegio Libre de Estudios Superiores, fundado en mayo de 1930.

Aníbal Sánchez Reulet narra su primer encuentro como alumno con Romero, en su clase inaugural como profesor en la Facultad de Humanidades de La Plata durante el año 1929, en estos términos: “El capitán Romero apareció de pronto en el corredor, con el cuerpo robusto y el rostro encendido que le eran característicos, ostentando su uniforme militar con todos sus arreos. Cuando entró en el aula se desembarazó de su espada y la cruzó sobre la mesa. En la peculiar atmósfera de nuestra universidad reformista anterior a 1930, aquella figura armada les pareció a muchos una provocación innecesaria, olvidando quizás que también Atenea portaba armas. Desde luego, no había provocación ni ofensa alguna; a lo sumo, un forzado *faux pas*, un paso en falso forzado por las circunstancias. Quien tenía que trabajar como él durante todo el día, en el Instituto Geográfico Militar y viajar luego, a última hora de la tarde con la celeridad que permitían los ferrocarriles ingleses de aquel entonces –hasta La Plata, no tenía tiempo para trocar el uniforme por la toga”<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Cf. J. L. Speroni, *El pensamiento de Francisco Romero*, p. 102.

<sup>9</sup> Cf. H. Rodríguez-Alcalá, *Francisco Romero*, p. 23.

<sup>10</sup> Aníbal Sánchez-Reulet, “Un testimonio personal”, *La Prensa*, 18 de diciembre de 1977.



Otro discípulo, nuestro Académico Correspondiente Adolfo P. Carpio, se refiere a Romero de esta manera: “Fue maestro en la más pura amistad y problematicidad: sin dogmas ni trabas, excepto la exigencia del rigor y el respeto a la libertad, lo que explica la diversidad de dirección de quienes, de una manera u otra, directa o indirecta, se formaron bajo su influencia, e incluso el hecho de que muchos de ellos sigan líneas de pensamiento que él no estimaba. [...] Así sus discípulos no lo son en la letra o la doctrina, sino en el espíritu: fue maestro de diversidades, no de unanimidades, que execraba”<sup>11</sup>.

Y de Eugenio Pucciarelli es la siguiente apreciación: “[...] la figura de Francisco Romero se agranda por el hecho de que disponía en grado sumo de la capacidad para incitar a los jóvenes para iniciarse y perseverar en el campo de la investigación filosófica. Lo hacía de manera espontánea y regular: multiplicaba las oportunidades para mantenerse en contacto personal o epistolar y ofrecía en cada ocasión la mayor suma de estímulos, ya sea en ideas, en hipótesis de trabajo, en temas dignos de ser averiguados, en bibliografía reciente”<sup>12</sup>. Sobre este aspecto he de volver más adelante con un testimonio personal.

El 11 de mayo de 1962, Romero recibe en el Aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras el diploma de Profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires. Allí había dirigido el Instituto de Filosofía, al que impuso el nombre de Alejandro Korn.

### *La política*

Un interesante dato inicial es que, cuando pudo reunirse nuevamente, con la venida de la madre y los hermanos menores a Buenos Aires, la familia Romero se radicó en el barrio de Palermo. En la vereda opuesta, en Charcas al 4500, vivía Alfredo L. Palacios, quien solía hablar de libros con Romero y su hermano José Luis.

Entre nuestros próceres, Romero tuvo una especial consideración por Bernardino Rivadavia. Al cumplirse el centenario de su muerte en 1945, en el homenaje de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata, afirmó: “Es uno de los estadistas más universales que podamos hallar en cualquier país y en cualquier tiempo. [...] Nadie hizo más por un pueblo; tampoco es posible hacer más. Su doble resor-

<sup>11</sup> Adolfo P. Carpio, *Páginas de filosofía*, Rosario, 1967, p. 256 s.

<sup>12</sup> Eugenio Pucciarelli, “Francisco Romero en la cátedra universitaria”, *Cuadernos de Filosofía*, N° 22-23, Buenos Aires, 1975, p. 157 s.

te fue el amor a la libertad y a la ley y el amor a su país. Y por encarnar él estos dos amores que se funden en un principio único, está de continuo presente en la mente y en el corazón de los argentinos”<sup>13</sup>.

En diciembre de 1946, Romero renuncia voluntariamente a los cargos de profesor titular en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de La Plata.

En 1948, en su escrito “Reflexiones sobre la libertad política”, Romero escribe: “Lo que los regímenes autoritarios muestran no es la supresión de la libertad, sino una irregular y monstruosa distribución de ella: o bien unos pocos se apoderan violentamente de la libertad del mayor número, o bien la mayoría delega en unos pocos las libertades delegables y las no delegables, esto es, aquellas cuya delegación lleva consigo la desaparición de la dignidad del hombre y aun de la misma condición humana. Esta concentración de toda la libertad de la nación en unos pocos, contradice a la larga, en los mismos que la disfrutaban, el requisito de la más elevada libertad y se anula a sí misma; porque la libertad en su forma más alta, como libertad espiritual, presupone y exige la libertad igual de todas las personas”<sup>14</sup>.

En 1951, en un trabajo titulado “Reflexiones sobre la democracia”, Romero considera que la democracia no es un posible sistema de ordenación política sino el único compatible con el valor del hombre. Y sostiene que ella implica dos exigencias cuyo incumplimiento la convierte en ficción. En el vértice, que es lado del poder público, exige un republicanismo sincero y estricto. La primera exigencia es “la forma republicana de gobierno, esto es, el ejercicio del poder por personas que lo sientan como función delegada, limitada en tiempo y atribuciones y dentro de severos marcos legales”. Añade que el mandatario no ha de sentirse ungido por una gracia especial sino que debe considerarse como un agente que ha de ser sustituido con toda naturalidad, una vez que se cumpla el plazo legal para ejercer la autoridad. La segunda exigencia concierne a la base, que es el lado de la múltiple ciudadanía. Se requiere la autonomía y la responsabilidad de cada individuo que se interpreta como el foco de que parte la autoridad: “Cada ciudadano ha de obrar en ella como persona cabal, como entidad insobornable que juzga y resuelve en conciencia, sin dejarse arrastrar por impulsos emocionales o arrebatos multitudinarios”<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> F. Romero, *Ideas y figuras*, p. 122 s.

<sup>14</sup> Francisco Romero, *Ideas y figuras*, Buenos Aires, Losada, 2ª ed., 1958, p. 129 s.

<sup>15</sup> Francisco Romero, “Reflexiones sobre la democracia”, *Liberalis*, N° 12, 1951, pp. 10-14.

Romero estuvo detenido dos veces, una por un mes y otra por un tiempo menor, en comisarías de la Avda. Las Heras y del barrio de Núñez. Durante una de estas detenciones, dio una conferencia. Así lo narra la esposa: “Había muchos detenidos, muchos intelectuales, muchos políticos. [...] un día todos le pidieron que diera una conferencia y Paco estuvo de acuerdo. Pidieron permiso a los policías y les dijeron que no había problemas. Le pusieron una mesita y hasta un vaso con agua. Y muchos policías lo escucharon con los otros presos”<sup>16</sup>.

En 1955 Romero es repuesto en la cátedra y exceptuado, junto con Bernardo Houssay, Ricardo Rojas y Alfredo L. Palacios, de la obligación de presentarse a concurso para el nombramiento definitivo, pero renuncia a este privilegio.

El 7 de noviembre de 1956, le escribe a Adolfo Carpio, quien se encontraba entonces estudiando en Alemania: “Aunque yo solo actúo en la Universidad, no me callo la boca cuando la ocasión lo requiere, y me he visto ya envuelto en dos incidentes un tanto ruidosos”. Estos incidentes fueron, según explica de inmediato, la expulsión del escritor Ernesto Sábato de ASCUA, una organización a la que Romero pertenecía, medida que “levantó cierta polvareda contra nosotros, apoyado por pasquines nacionalistas y comunistas y grupitos afines”. El otro incidente fue un envío de padrinos a un periodista porque “*Propósitos*, periódico comunizante que dirige Barletta, nos injurió en un suelto, [...]”<sup>17</sup>.

Volviendo a la teoría política hay que añadir a sus reflexiones sobre la libertad y la democracia una meditación sobre la crisis e incluso la propuesta de creación de un Instituto de la Crisis a fin de recolectar y ordenar materiales sobre el tema<sup>18</sup>. La crisis presente no solo es económica sino total y se refiere a los tres rasgos que definen al hombre occidental, esto es, el intelectualismo, el activismo y el individualismo. Respecto del intelectualismo, aunque no concierna a la razón como intento de estudiar la realidad tal como es, la crisis afecta al racionalismo en tanto pretende decretar a priori lo que la realidad tiene que ser. En relación con el activismo, la crisis se advierte en la rebelión de los medios contra los fines y su conversión ellos mismos en fines y en la violencia política ante la pérdida de prestigio de la actual organización político-jurídica. Y en lo que toca

<sup>16</sup> Cf. J. L. Speroni, *El pensamiento de Francisco Romero*, p. 125.

<sup>17</sup> Cf. *ibid.*, p. 128.

<sup>18</sup> Francisco Romero, “Un Instituto de la Crisis”, *Revista Mexicana de Filosofía*, Año V, N° 3, 1943, pp. 301-306.

al individualismo, consiste en la superposición de lo colectivo a lo individual y en el recurso a imaginarias entidades supraindividuales. Romero introduce aquí su distinción filosófica entre individuo y persona para indicar que aquel aspecto psíquico puede, en principio, ser regulable y limitable, pero no el aspecto espiritual porque “el derecho de esta índole, cuando es conculcado en un sujeto, es conculcado sin más ni más en todos los otros”<sup>19</sup>.

Como actitud frente a la crisis, Romero analiza la gran faena colectiva como composición e integración de quehaceres particulares y se refiere a la necesidad de “ensanchar los grandes marcos para que quepa en ellos la mayor suma de bienestar y de justicia”<sup>20</sup>. En un extremo se encuentran los visionarios como Rivadavia con “la capacidad profética de adelantarse al momento caótico, el don de percibir en la entraña social las posibilidades que en ella laten y pugnan por convertirse en realidades”<sup>21</sup>. No está esto al alcance de todos, pero sí lo está, como lo ejemplifica con una maestra a la que dedica un artículo, “la obra bien hecha, el cumplimiento entusiasta y arduo del deber próximo, la incitación y el ejemplo”<sup>22</sup>.

En sus reflexiones políticas llama la atención una ocasional referencia, efectuada en relación con J. Ingenieros por consentir en forma adelantada a su fin, a “la serie de los grandes suicidas argentinos, de los hombres eminentes que en plena madurez han sentido que les faltaba la base de sustentación y una razón para la existencia, entre el abandono y la soledad producida por un *ethos* que se deshacía y una sociedad que se desgranaba”<sup>23</sup>.

### *El recuerdo personal*

He mencionado muchos testimonios, entre ellos los de mis maestros Pucciarelli y Carpio. Concluiré con el mío. En el primer año de mis estudios universitarios, 1961, el Dr. Luis A. Arocena, profesor de Introducción a la Historia, nos puso en contacto a mí y a mi amigo

<sup>19</sup> Francisco Romero, “Inventario de la crisis”, *Cuadernos Americanos*, Año VII, N° 5, 1948, pp. 7-29.

<sup>20</sup> Francisco Romero, *El hombre y la cultura*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1950, p. 124.

<sup>21</sup> F. Romero, *Ideas y figuras*, p. 117.

<sup>22</sup> F. Romero, *El hombre y la cultura*, p. 124.

<sup>23</sup> Francisco Romero, *Sobre la filosofía en América*, Buenos Aires, Raigal, 1952, p. 35.

Andrés Pirk con Romero, quien de inmediato propuso un encuentro en su casa de Martínez.

Lo visitamos el 24 de octubre. La casa, de dos pisos, ocupaba el centro de un gran terreno, en una esquina frente a las vías del ferrocarril a pocas cuadras de la estación. En el piso superior, una gran habitación en forma de L le permitía tener en la base su escritorio de trabajo y una biblioteca filosófica que se extendía por el largo brazo. Un retrato de Alejandro Korn dominaba el recinto, y a través de las ventanas se podían contemplar los árboles del amplio jardín. Cordial y generoso, el maestro prolongó la conversación durante casi cinco horas. Convirtió la presentación esmerada de su biblioteca en un modo oportuno de hacernos acceder en sus líneas capitales a los grandes temas de la filosofía.

Así tuvimos frente a nosotros el vivo ejemplo de lo que más tarde, al leer su libro *El hombre y la cultura*, supimos que denominaba “caridad intelectual” y caracterizaba como tarea de “incitar a los ojos a que miren en cierta dirección, de escalonar y jerarquizar las etapas que deben ser recorridas”<sup>24</sup>. El ejercicio de esta actitud significaba para él que la virtud docente no se limita a trasladar lo que posee sino que añade a la exposición, que alcanza su punto más alto en la claridad, un modo de ayudar al prójimo a que aprenda. Al dedicar tiempo para alentar a jóvenes desconocidos, procuraba introducir un orden en nuestra curiosidad dispersa mostrando cómo él mismo daba forma a sus inquietudes. Nos asombró su afán vivo por trazarnos el contorno de un programa de estudios y diseñar un camino para el conocimiento. Y no pudimos olvidar su preocupación por trasladarnos un puñado de temas y figuras fundamentales.

La biblioteca era monumental. Se ha dicho que contenía tantos libros sobre Leibniz como la Leibniz-Forschungsstelle de la Universidad de Münster, encargada de parte de la nueva edición de obras del filósofo<sup>25</sup>. Romero nos hizo sentir también su alta valoración de Kant y provocó nuestro asombro antes las varias ediciones de sus obras completas y los innumerables comentarios que llenaban esos amplios estantes. También puso de relieve su estima especial por Dilthey, y, al mostrarnos sus obras, extrajo de un costado de ellas un conjunto de hojas mecanografiadas cuyo color delataba el paso del

<sup>24</sup> F. Romero, *El hombre y la cultura*, p. 133.

<sup>25</sup> La observación pertenece al Prof. Dr. Martin Schneider, quien fue director de la Leibniz-Forschungsstelle de la Universidad de Münster, en una visita a la Universidad Nacional del Nordeste, donde se encuentra actualmente la biblioteca filosófica de Romero. Cf. J. L. Speroni, *El pensamiento de Francisco Romero*, p. 115.

tiempo. Era la tesis doctoral de Pucciarelli, con quien habíamos cursado Introducción a la Filosofía. Escrita bajo su dirección, era exhibida como ejemplo aleccionador con el consejo de que debíamos desde un principio escoger un tema y trabajar en él en vista de nuestra tesis —lo cual marcaría eventualmente el comienzo de mi relación con Pucciarelli—. En un momento llamó a su hijo Francisco Alejandro, estudiante de ingeniería, para que nos acompañara, sirvió un café con leche acompañado de masas —esta era una costumbre que todos sus allegados recuerdan, luego me enteré que las masas eran hechas por su esposa—, y derivó la conversación hacia temas más generales de índole universitaria. Recuerdo su preocupación por la salud de Vicente Fatone, quien habría de sobrevivirle unos dos meses. Luego continuó la recorrida por la biblioteca.

En el orden práctico, nos mostró como daba forma a sus libros. Había ideado un tipo de caja de madera, que él mismo fabricaba y pintaba de color marrón, con una base interior inclinada hacia el centro desde los costados superiores, a fin de facilitar el rápido encuentro y reubicación de los fragmentos que iban configurando las obras que estaban en ciernes. Varias de estas cajas eran visibles en diversos lugares de la biblioteca. Recordemos que en la obra de homenaje póstumo de la Universidad de Buenos Aires se incluye un capítulo final bajo el título “Obras en preparación” y se mencionan seis libros<sup>26</sup>.

Esa tarde recibí un ejemplar dedicado de su obra *Filosofía de la persona*, y mi amigo uno de *Ubicación del hombre*. Eran las terceras ediciones de ambas obras, publicadas ese año. Al despedirnos, Romero nos hizo ver fugazmente su biblioteca de literatura desde la puerta del garaje, lugar de estudio de su hija Carlota, donde los libros cubrían todas las paredes, y nos invitó a retornar en breve tiempo porque no había podido mostrarnos las revistas de filosofía. Como no nos atrevimos a importunar nuevamente al paciente y afectuoso protagonista de la incitante lección sin haber avanzado algo más en nuestros estudios, finalizaba para siempre nuestra experiencia del modo en que Romero encarnaba su afirmación: “La cultura se hace con almas, con corazones”<sup>27</sup>.

Francisco Romero falleció el año siguiente luego de un viaje a Europa. A bordo del barco que lo traía de regreso sufrió un acciden-

<sup>26</sup> Cf. *Homenaje a Francisco Romero*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires/Facultad de Filosofía y Letras, 1964, pp. 309-323.

<sup>27</sup> F. Romero, *El hombre y la cultura*, p. 136.

te vascular que provocó su internación el 13 de septiembre y su muerte el 7 de octubre. Entre los numerosos oradores que despidieron sus restos se encontraban el Dr. Horacio Rivarola, presidente de esta Academia, y Arturo Capdevila, en representación de la Academia de Letras.

Hace dos años, a la edad de cien, falleció en Río Ceballos, donde vivía con su otra hija Beatriz, su esposa Anneliese Fuchs, una alumna suya en la Facultad de Filosofía y Letras con la que se había casado en julio de 1934 y a la que dedicó su obra capital: *Teoría del hombre*. A su época de alumna se refieren estas palabras: “Tenía 18 años más que yo, pero realmente la pasaba tan bien con él y las conversaciones eran tan interesantes y tan lindo todo que, bueno, me quise casar”<sup>28</sup>.

La señora de Romero nos acompañó en muchas recordaciones anteriores, y donó a esta Academia documentos de la vida intelectual de su esposo que están conservados en el Centro de Estudios Filosóficos. Entre ellos se encuentran dos textos que menciono como conclusión. Uno de ellos es la carta que el General Enrique Mosconi dirigió en 1938 a Romero en respuesta al envío de una obra sobre Alejandro Korn. En ella expresa “mi satisfacción por la victoria de su infatigable labor que representa los sillares de trabajo, ilustración y talento con que está construyendo, modesta y silenciosamente el pedestal de su monumento”. El otro texto es un escrito de Eugenio Pucciarelli: “[...] en Romero las ideas fueron siempre expresión vigorosa de su robusta personalidad. Y este rasgo lo destacaba por encima del nivel medio y le confería el carácter de maestro que las generaciones de su tiempo descubrieron muy temprano y que las siguientes se complacen en reconocerle”<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> Cf. J. L. Speroni, *El pensamiento de Francisco Romero*, p. 108.

<sup>29</sup> Eugenio Pucciarelli, “Palabras en homenaje a Francisco Romero”, *La Prensa*, 18 de diciembre de 1977.